

murio que Sergio escuchaba, pensando: "Hablan de nosotros."

Cuando atravesaron el jardín, anduvieron en una fragancia extraordinariamente suave, en esa fragancia que exhalan las flores en la noche, más lánguida, más acariciadora, que es como la propia respiración de su sueño.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Albina.

Habíanse cogido las manos, en el pasillo del piso primero, sin entrar en la habitación, en donde tenían la costumbre de darse las buenas noches. No se besaron. Cuando Sergio se encontró solo, sentado en el borde de la cama, escuchó por largo rato a Albina, que se acostaba, allá arriba, sobre su cabeza. Sentíase fatigado, por una felicidad que le adormecía los miembros.

## XII

Pero los siguientes días, Albina y Sergio permanecieron cortados uno delante del otro, evitando hacer la menor alusión a su paseo bajo los árboles, no habían cambiado un solo beso y no se habían dicho que se amaban. No era precisamente la vergüenza lo que les impedía hablar, sino un temor, un miedo de menoscabar su alegría. Y cuando dejaban de estar juntos, tan sólo vivían de sus seductores recuerdos; entregábanse a ellos, haciendo revivir las horas que habían pasado, con los brazos en la cintura, acariciándose el rostro con su aliento. Aquello acabó por comunicarles una ardiente fiebre. Mirábanse, doloridos los ojos, muy tristes y hablando de cosas que nada les interesaban. Luego, tras de prolongados silencios, Sergio preguntaba a Albina con acento de inquietud:

—¿Sufres?

La joven movía la cabeza y contestaba:

—No, no. Tú eres el que no te sientes bien. Te arden las manos.

El parque les ocasionaba una sorda inquietud que no se podían explicar. A la vuelta de cada sendero había un peligro que les acechaba, que les cogería por el cuello para arrojarles al suelo y producirles mal. Nunca abrían la boca para hablarse de estas cosas; pero ante ciertas cobardes

miradas, confesábanse aquella agonía, que les trocaba casi en enemigos. En esto, una mañana Albina se atrevió a decir, después de larga vacilación:

—Haces mal en permanecer siempre encerrado. Caerás enfermo.

Sergio se rió un tanto contrariado.

—¡Bah!—murmuró,—lo hemos recorrido todo y nos sabemos de memoria el jardín entero.

Ella dijo que no con la cabeza; y a seguida repitió muy bajito:

—No, no... No conocemos los peñascos, ni hemos ido a los manantiales. Allí era en donde entraba en calor en el invierno. Hay rincones en donde las mismas piedras parecen vivir.

A la mañana siguiente, sin haber agregado una sola palabra, salieron. Subieron a la izquierda, detrás de la gruta en que dormía la mujer de mármol. Al poner sus plantas en las primeras piedras, Sergio dijo:

—Esto nos había dejado una preocupación. Hay que verlo todo; quizás quedaremos tranquilos después.

El día era sofocante, con un pesado calor de tormenta. No se habían atrevido a cogerse de la cintura, y andaban uno tras de otro, abrasados por el sol. Albina se aprovechó de un ensanche del sendero para dejarle pasar delante de ella; pues sentíase desasosegada por su aliento y sufría al sentirle a su espalda, tan próximo a sus faldas. En torno de ellos, los peñascos se alzaban en anchas hileras; pendientes suaves escalonaban los campos con inmensas losas, erizadas de ruda vegetación. Encontraron en un principio retamas de oro, grandes espacios en donde se daban el romero, la salvia, el espliego, todas las plantas balsámicas, y después los enebros y los romeros amargos, con olor tan penetrante, que les embriagaba. A ambos lados del camino los acebos formaban a veces setos, que se asemejaban a delicadas

obras de cerrajería, a verjas de bronce negro, de hierro forjado, de cobre bruñido, de ornamentos complicadísimos, muy floridos, con espinosos rosetones. Después les fué forzoso atravesar un pinar, para llegar a los manantiales; la escasa sombra pesábales sobre los hombros como plomo; las hojas secas crugían en el suelo, bajo sus pies, ligero polvo de resina, que acababa de abrasarles los labios.

—Tu jardín no se anda con bromas por este lado—dijo Sergio volviéndose a Albina.

Se sonrieron. Hallábanse a orilla de los manantiales, y sus límpidas aguas constituyeron un alivio para los dos. No se escondían sin embargo bajo ramajes, como acontece con las fuentes de las llanuras, que plantan en sus contornos espesos follajes, a fin de dormir perezosamente a la sombra. Nacían aquéllas en pleno sol, en un agujero de la roca, sin una brizna de hierba que verdease sus azuladas aguas. Parecían de plata, templadas todas por la gran luz. En su fondo el sol se veía sobre la arena, en una polvareda de claridad viviente que respiraba. Y salían del primer manantial y extendían los brazos de inmaculada blancura; saltaban y rebotaban, semejantes a juguetonas desnudeces de niño; y caían bruscamente en forma de cascada, cuya suave curva parecía derribar el torso de una mujer, de rubia carne.

—Mójate las manos—gritó Albina.—En el fondo el agua está helada.

Pudieron, en efecto, refrescarse las manos, lanzándose agua al rostro; y allí permanecieron en el vapor de lluvia que ascendía, convirtiéndose en arroyos. El sol aparecía como humedecido.

—¡Mira!—gritó nuevamente Albina.—Mira el jardín, las praderas, la selva.

Durante un momento, miraron el Paradou, extendido a sus pies.

—Ya ves—continuó,—que no se distingue el

menor trozo de pared. Todo el país es nuestro, hasta el límite del cielo.

Habíanse, por último, cogido de la cintura, sin darse de ello cuenta, en actitud de tranquilidad y confianza. Los manantiales calmaban su fiebre; mas al alejarse, Albina pareció entregarse a un recuerdo; llevóse a Sergio diciendo:

—Allá, bajo las rocas, vi una vez la pared. Hace mucho tiempo.

—Pero nada se ve—murmuró Sergio ligeramente pálido.

—Sí... Debe de estar detrás de la avenida de los castaños, junto a las malezas.

Y luego, sintiendo el brazo de Sergio que le oprimía más nerviosamente, agregó:

—Tal vez me equivoqué... Sin embargo, me acuerdo que la encontré un día de repente delante de mí, al desembocar de la avenida. Atajábame el camino y era tan alta, que me causó miedo... Y, a algunos pasos de allí, me quedé muy sorprendida; la pared había reventado y presentaba un agujero enorme, por el cual se distinguía toda la comarca de al lado.

Sergio la miró demostrando inquieta súplica en los ojos, y ella se encogió de hombros para tranquilizarle.

—¡Oh! pero yo tapé el agujero. Ya te lo he dicho, no podemos estar más solos... Lo tapé sin perder momento. Llevaba mi cuchillo; corté zarzas y arrimé grandes piedras. Desafío a que pueda pasar un gorrión... Si lo quieres, iremos a ver un día de estos y así te tranquilizarás.

Sergio dijo que no con la cabeza. Luego se alejaron cogidos por la cintura, mas habíanse llenado de ansiedad. Sergio dirigía oblicuamente sus miradas al rostro de Albina, la cual se inquietaba, al verse mirada de aquel modo. Ambos habrían querido volver a bajar, evitarse la molestia de un paseo más prolongado. Y a su pesar, como cediendo a una fuerza que les impulsaba, dieron la vuel-

ta a un peñasco, y llegaron a una meseta, en donde nuevamente les esperaba la embriaguez del pleno sol. No era ya aquello la dichosa languidez de las plantas aromáticas, el almizcle del tomillo, el incienso de la alhucema. Ahora hallaban las hierbas mal olientes; el ajeno, de amarga embriaguez, la ruda oliendo a carne fétida, la valeriana, ardorosa, húmeda con su sudor afrodisíaco. Las mandrágoras, las cicutas, los eléboros, las belladonas, llevaban el vértigo a sus sienes, un amodorramiento que les hacía vacilar en brazos uno del otro y sentir náuseas.

—¿Quieres que te tome en brazos?—preguntó Sergio a Albina sintiéndola dejarse caer de su lado.

Y ya la estrechaba entre sus brazos; pero ella se desasíó y respiró con fuerza.

—No, que me sofocas—le contestó.—Déjame; no sé lo que tengo. La tierra se mueve bajo mis plantas... Mira, aquí es en donde tengo el mal.

Tomóle una mano y se la aplicó al pecho. Entonces él palideció por completo; sentíase más desfallecido que ella. Y a ambos les asomaban las lágrimas a los ojos, al verse así, sin encontrar remedio a su gran desgracia. ¿Iban quizás a morir de aquel mal desconocido?

—Ven a la sombra, ven a sentarte—dijo Sergio.—Esas plantas son las que nos matan, con sus olores.

Condújola apoyada tan sólo por las yemas de los dedos, pues poníase a temblar con sólo tocarle la muñeca. Sentóse en el tronco de un hermoso cedro, que extendía a más de diez metros los horizontales lechos de sus ramas. A su espalda desprendíanse las extrañas esencias de las coníferas; los cipreses de follaje húmedo suave y como espeso guipur; los abieses, rectos y graves, parecidos a viejas piedras sagradas, negras aun con la sangre de las víctimas; los taxos, cuyas sombrías hojas se ribeteaban de plata; todas las plantas de follaje persistente, de vegetación rechoncha, con obs-

curo verdor de cuero barnizado, salpicada de amarillo y de rojo, tan potente, que el sol se deslizaba sobre ella sin doblegarla. Una araucaria sobre todo, aparecía extraña, con sus grandes brazos regulares, que se asemejaban a una arquitectura de reptiles, ingertados los unos sobre los otros, erizando sus sobrepuestas hojas como escamas de serpiente encolerizada. Allí, bajo aquellas pesadas sombras, el calor brindaba con sueño voluptuoso. El aire dormía, sin un soplo, en una humedad de alcoba. Un perfume de amor oriental, el perfume de los pintados labios de la Sulamita, se exhalaba de las odoríferas maderas.

—¿No te sientas tú?—dijo Albina.

Y se apartó un poco para hacerle sitio; mas él retrocedió y se mantuvo en pie. Después, como ella le invitase de nuevo, se dejó caer de rodillas a algunos pasos de distancia y murmuró:

—No, tengo más fiebre que tú y te abrasaría... Escucha, si no tuviese miedo de hacerte mal, te cogería en mis brazos, tan fuerte, tan fuerte, que dejaríamos de sentir nuestros sufrimientos.

Arrastróse sobre las rodillas y se acercó un poco a ella.

—¡Oh! tenerte en mis brazos, tenerte en mi carne... Tan sólo pienso en eso. Durante la noche, me despierto, estrechando el vacío, estrechando tu sueño. Querría no cogerte al principio sino por la yema de tu dedo meñique; después te tendría toda entera, poco a poco, hasta que nada quedase de ti, hasta que hubieses llegado a ser mía, desde los pies hasta la última de las pestañas. Te guardaría siempre. Debe de resultar un bien delicioso el poseer por tal manera lo que se ama. Mi corazón se fundiría en el tuyo.

Acercóse más aún; habría tocado la orla de su vestido, si hubiese extendido las manos.

—Pero no sé, me siento lejos de ti... Hay alguna pared entre nosotros, que mis puños cerrados no podrían derrumbar. Y hoy, sin embargo,

soy fuerte; podría cogerte en mis brazos y echarte sobre mis hombros, llevarte como cosa que me pertenece. Y no es esto, no te tendría bastante. Cuando mis manos te cogen, tan sólo se apoderan de un nada de tu ser... ¿En dónde te ocultas por completo, para que pueda irte a buscar.

Había caído sobre los codos, prosternado, en actitud rendida de adoración. Y depositó un beso en la fimbria del vestido de Albina. Entonces, como si hubiese recibido aquel beso en la tez, alzóse erguida y se llevó las manos a las sienes, enloquecida, balbuciente.

—No, te lo suplico, continuemos andando.

No huía y se dejaba seguir por Sergio, lentamente, fuera de sí, con los pies tropezando contra las raíces, y con la cabeza entre las manos para ahogar el clamor (que subía hasta ella. Y cuando salieron del bosquecillo, dieron algunos pasos sobre las gradas de roca, en donde se acurrucaba todo un ardiente pueblo de carnosas plantas. Era aquello como un arrastre, un surgimiento de animales sin nombre, entrevistados en una pesadilla, monstruos que participaban de la araña, de la oruga, de la cucaracha, extraordinariamente agrandados, con desnuda y verdosa piel, erizada con inmundo vello, arrastrando miembros enfermos, piernas abortadas, brazos rotos, unos hinchados como vientres obscenos, otros con las espaldas aumentadas con un pulular de gibosidades, otros desmadejados, en guñapos, como esqueletos de goznes destrozados. Las manciliarias amontonaban pústulas vivientes, un bullimiento de tortugas verdosas, atrozmente barbudas, de largas crines más duras que puntas de acero. Los equinocactus, mostrando más su piel, parecían nidos de jóvenes víboras atadas. Los equinopsis no eran sino una joroba, una excrecencia de pelo rojo, que hacía pensar en algún insecto gigante, arrollado en forma de bola. Los opuntia alzaban en árboles sus carnosas hojas, empolvadas de rojizas flores, semejantes

a enjambres de abejas microscópicas, a bolsas llenas de asquerosos insectos, y cuyas mallas reventaban. Las gasterias exhibían patas como de grandes segadores tumbados boca arriba, con los miembros negruzcos, punteados, estriados, adamascados. Los ciertos plantaban vegetaciones vergonzosas, políperos enormes, enfermedades de aquella tierra sobrado cálida, orgías de emponzoñada savia. Mas los aloes, sobre todo, descogían de tropel sus corazones de plantas desfallecidas; habíalos de todos los verdes, tiernos, potentes, amarillentos, grisáceos, negruzcos, salpicados de orín, verdes oscuros bordados de oro pálido; los había de todas las formas, con anchas hojas, recortadas como corazones, con hojas delgadas parecidas a las de cuchilla, unas dentelladas de espinas, otras orladas delicadamente; habíalas enormes llevando a un lado el alto tallo de sus flores, del que pendían collares de coral rosados; pequeños retoños en montón, sobre un vástago, como florecencias carnosas, dirigiendo a todas partes ágiles lenguas de culebra.

—Volvamos a la sombra—imploró Sergio.—Te sentarás como hace un instante y yo me pondré de rodillas y te hablaré.

Parecía que se desprendían del cielo anchas gotas de sudor. El astro triunfaba allí, apoderábase de la desnuda tierra y la oprimía contra su pecho. En el aturdimiento que producía el calor, Albina vaciló y se volvió hacia Sergio.

—Tómame—dijo con moribundo acento.

En el punto y hora en que se tocaron, cayeron al suelo, los labios contra los labios, sin lanzar el menor grito. Parecía caer y caer siempre, como si la roca se hubiese hundido debajo de ellos, indefinidamente. Sus manos errantes buscaban sus rostros, sus cuellos y bajaban a lo largo de sus vestidos. Mas fué aquélla una aproximación tan preñada de angustia, que se levantaron casi en seguida, exasperados, sin poder ir más lejos en la satisfacción de sus deseos. Y huyeron, cada uno por dife-

rente senda. Sergio corrió hasta el pabellón, arrojóse en la cama, ardiéndole la cabeza, con el corazón desesperado. Albina no volvió hasta la noche, después de haber derramado cuantas lágrimas tenía, en un rincón del jardín. Era la primera vez que no volvían juntos, cansados con la alegría de los largos paseos. Durante tres días estuvieron como reñidos. Sentíanse horriblemente desgraciados.

### XIII

Sin embargo, en aquel entonces, el parque entero les pertenecía. De él habían tomado posesión como dueños y señores. Ni un rincón de tierra dejaba de pertenecerles. Para ellos era para quienes el bosque de rosas florecía, para quienes el jardín ofrecía aromas suaves, lánguidos, cuyos efluvios, durante la noche, penetrando por las abiertas ventanas, les adormecían. El vergel les alimentaba, llenaba de frutas las faldas de Albina, refrescábala con la almizelada sombra de sus ramajes, bajo los cuales era tan delicioso desayunarse, después de la salida del sol.

En las praderas contaban con hierbas y aguas; las hierbas que extendían indefinidamente su reino, desarrollando sin cesar ante ellos alfombras de seda; las aguas que constituían el mejor de sus goces, con su límpida pureza y con la corriente de frescura en que se complacían bañar su juventud. Poseían la selva, desde las enormes encinas que diez hombres no habrían bastado a abrazar, hasta los delgados abedules que un niño habría tronchado con ligero esfuerzo; la selva con todos sus árboles, con toda su sombra, sus avenidas, sus florestas, sus rincones de verdura, desconocidos hasta por las mismas aves; la selva de que disponían a su talante, como de gigantesca tienda, para abrigar, a la hora del medio día, su ternura nacida en la mañana. Reinaban por

do quiera, hasta sobre las peñas, sobre los manantiales, sobre el terrible suelo de las plantas monstruosas, que se habían estremecido bajo el peso de sus cuerpos, y que amaban y preferían a los demás muelles lechos del jardín, por el extraño escalofrío de que allí habían disfrutado. Así, pues, ahora, en frente, a la izquierda, a la derecha, eran dueños y señores, habían conquistado su dominio, caminaban en medio de una naturaleza amiga, que les conocía, les saludaba al pasar con una sonrisa, ofreciéndose a sus placeres, como sirviente sumisa. Y gozaban a más del cielo, del anchuroso manto azul extendido sobre sus cabezas; las paredes no le ponían un límite, antes bien, pertenecía a sus miradas, penetraba en su dicha de vivir, durante el día con su triunfante sol, y por la noche con su ardiente lluvia de estrellas. Embelésabales a cada minuto del día, cambiando como viviente carne, más blanco por la mañana que una niña al levantarse, dorado al medio día con anhelos de fecundidad, desfallecido por la noche con la laxitud de sus ternuras. Nunca presentaba la misma faz; por la noche, sobre todo, les maravillaba a la hora de despedirse. El sol, deslizándose en el horizonte, encontraba siempre nuevas sonrisas. A veces desaparecía en medio de una paz serena, sin una sola nube, sumergido poco a poco, en un baño de oro. Otras veces estallaba en rayos de púrpura, hendiendo su vaporoso ropaje, y huyendo en hondas de llamas, que obstruían el cielo con caudas de gigantescometas, cuyas cabezas incendiaban las cimas de los elevados árboles. Después, sobre las playas de arena roja, sobre los extensos bancos de sonrosado coral, se realizaba una puesta de astro melancólica, extinguiendo sus rayos uno a uno; a bien un discreto acostarse, tras de alguna inmensa nube, envuelto como en un cortinaje de alcoba de seda gris, no dejando ver sino una rojez de senectud; o bien, un desaparecer apasionado, trastornadas blancuras, sangrientas poco

a poco bajo el abrasado disco que las corroía, acabando por rodar con él tras del horizonte, en medio de un caos de retorcidos miembros que se derrumbaban en la claridad.

Tan sólo las plantas no habían hecho su sumisión. Albina y Sergio andaban majestuosamente entre la muchedumbre de animales que les rendían obediencia. Cuando atravesaban el jardín, los revoloteos de mariposas se alzaban para el solaz de sus miradas, oreábanles con sus batientes alas, yendo en pos de ellos como el estremecimiento viviente del sol, como las flores que revolotean sacudiendo su perfume. En el vergel, encontrábanse en lo alto de los árboles con los golosos pajarrillos, los gorriones, los pinzones, las oropéndolas, las alondras, por sus picotazos; era aquello una batahola de escolares en asueto, una alegría turbulenta de tunantuelos, desvergonzadas turbas que iban a robar cerezas a sus pies, mientras almorzaban, a horcajadas sobre las ramas. Albina se divertía más aun en las praderas, cogiendo verdes ramillas, acurrucadas en los tallos de junco, con sus ojos de oro y su dulzura de animalejos contemplativos; mientras que con ayuda de una paja seca, Sergio hacía salir los grillos de sus agujeros, acariciaba los vientres de las cigarras para hacerlas cantar, y recogía insectos azules, sonrosados, amarillos, que paseaba en seguida sobre sus mangas, semejantes a botones de záfiro, de rubíes y de topacio; a más hallábase allí la misteriosa vida de los ríos, los peces de sombrío dorso, deslizándose en la corriente del agua, las anguilas adivinadas por la ligera agitación de las hierbas, la morralla, esparciéndose al menor ruido como humareda de negruzca arena, las moscas subidas en grandes chapines, rizando la extensa sábana con anchos redondeles plateados, todo aquel hormiguelo silencioso que les detenía a lo largo de las orillas, les daban a menudo deseos de plantarse, con las piernas al aire, en medio de la co-

riente, para sentir el deslizamiento sin fin de aquellos millones de existencias. Otros días, los días de tierna languidez, bajo los árboles de la selva, a la rumorosa sombra, era a donde iban a escuchar las serenatas de sus músicos, las cristalinas flautas de los ruiseñores, la argentina trompeta de los abejarucos, el acompañamiento lejano de los cucús; maravillábales el brusco vuelo de los faisanes, cuyas colas ofrecían como un rayo de sol en medio de las ramas; deteníanse, sonrientes, dejando pasar de allí a algunos pasos, una alegre manada de cabritillos, o de parejas de graves ciervos que detenían su carrera para mirarles. También otros días, cuando el cielo abrasaba, subíanse a los peñascos y se complacían viendo enjambres de langostas que sus pies hacían levantar de los eriales de tomillo, con el chisporroteo de un brasero; las culebras desenroscadas al borde de los tostados matojos, los lagartos tendidos sobre las calentadas piedras, les seguían con amigable actitud; los sonrosados flamencos, que mojaban sus patas en el agua de los manantiales, no alzaban el vuelo a su aproximación, antes tranquilizaban con su gravedad confianzuda a las pollas de agua adormecidas en medio del estanque.

Aquella vida del parque, Albina y Sergio no la sentían tomar creces en torno suyo hasta después del día en que ellos también habíanse sentido vivir en un beso. Ahora les ensordecía a cada instante, hablábales una lengua que no entendían, y dirigiales sollicitaciones, a las que no sabían cómo ceder. Era aquella vida, todas aquellas voces y aquellos calores de animales, todos aquellos olores y aquellas sombras de plantas, lo que les turbaba hasta el punto de enfadarles al uno contra el otro. Y sin embargo, tan sólo encontraban en el parque una familiaridad afectuosa. Cada hierba, cada animalejo se convertían en amigos suyos. El Paradou era por sí solo una grande caricia. Antes de su llegada, por espacio de más de

más de cien años, el sol tan sólo había reinado allí libremente, como señor, uniendo su esplendor a cada rama. El jardín entonces, a nadie conocía sino a él. Veíale llegar todas las mañanas, lanzar por encima de la pared de cerca sus oblicuos rayos, asentarse a plomo al medio día sobre la desfallecida tierra, y alejarse por la tarde, por el extremo opuesto, con un beso de despedida rasando los follajes. Con todo, el jardín no se había avergonzado al acoger a Albina y a Sergio, como por tanto tiempo había acogido al sol, como buenos muchachos, con los cuales nadie se aburre. Los animales, los árboles, las aguas, las piedras, permanecían revistiendo una seductora extravagancia, hablando a voz en cuello, viviendo en completa desnudez, sin el menor secreto, ostentando el inocente descaro, la bella ternura de los primeros días del mundo. Aquel rincón de la naturaleza se reía discretamente de los temores de Albina y de Sergio, presentábase más cariñoso, desarrollaba bajo sus plantas sus más blandos lechos de césped, aproximando los arbustos para proporcionarles angostos senderos. Si todavía no les había lanzado en brazos el uno del otro, era porque se complacía en pasear sus deseos, en regocijarse con sus torpes besos, repercutiendo bajo las umbrias como gritos de pájaros enfurecidos. Pero ellos, sufriendo en presencia de la gran voluptuosidad que les rodeaba, maldecían el jardín. La tarde en que Albina tanto había llorado, a consecuencia de su paseo en los peñascos, había gritado al Paradou, al sentirle tan vivo y tan ardiente en torno suyo:

—Si tú eres nuestro amigo ¿por qué nos desconsuelas por tal modo?

## XIV

Desde el siguiente día, Sergio se atrincheró en su cuarto. El olor del jardín le exasperaba. Corrió las cortinas de indiana para no ver más el parque, para impedirle que penetrara hasta allí. Quizás encontraría la paz de la infancia, lejos de aquellas enramadas, cuya sombra era como un roce en su piel. Después, en sus largas horas de conversación, Albina y él no volvieron a hablar de las rocas, ni de las aguas, ni de los árboles, ni del cielo. El Paradou ya no existía; trataban de olvidarlo. Y a pesar de todo, lo sentían allí, omnipotente, enorme, tras las delgadas cortinas; fragancias de hierba penetraban por las hendiduras de las maderas; prolongadas voces hacían retemblar los vidrios; toda la vida del exterior se reía, cuchicheaba, emboscada bajo las ventanas. Entonces palideciendo, levantaban la voz y buscaban alguna distracción que les permitiese no oír.

—¿No has visto?—dijo Sergio una mañana, en uno de aquellos instantes de turbación;—hay allí, encima de la puerta, una mujer pintada que se te parece.

Y se reía ruidosamente. Y volvieron a examinar las pinturas; arrastraron de nuevo la mesa a lo largo de las paredes, tratando de ocuparse en algo.